



## y Moraleja

sus moradores que, en efecto, ven de pasar la vida, como el árabe, sentados en la puerta de su casa.

Es de día y con buen sol todavía, pero quitados los transeúntes, «Hormigas» con su carro, el yerno del tío Gabino Chocano con su borriquillo de la leche y Aníbal con la chica, nada nos impediría suponer que estábamos viendo una noche de luna tetuaní, de las que describía el Dr. Juarros en su «Ciudad de los Ojos bellos».

Sin esos cuatro transeúntes, que son cuatro justamente, la quietud y el silencio serían absolutos; un silencio de eternidad en el que apenas si las sombras alteran la uniformidad deslumbrante de la claridad celeste que encoge al hombre y le sume en su pensamiento, abatiéndole contra su choza, pero un poco fuera de sí mismo, como si soñara, desbordada la imaginación, como la del hidalgo.

Tened la seguridad que Cirilo, el lechero, va echando sus cuentas montado en el rucio, sin reparar por dónde va ni con quién se cruza y que «Ganchín» y «Rabín», sentados en su puerta, ven a los que pasan como sombras, devanando la madeja de su pensamiento propio.

Ese es el valor de estas paredes, el ser espejos opacos de vidas concentradas que no buscan el verse la cara y cuya sombra se proyecta en los muros o en el suelo, con el sol o con la luna, como fantasmas errantes de un mundo quimérico, silente, indescifrable.